

cejal de mucha influencia había alquilado al Ayuntamiento, hacía ya algunos años, por cuatrocientas pesetas anuales, dos habitacioncillas de una posada antigua; cuartuchos que eran utilizados para escuela, y en los cuales él, Carlos Lérica, veíase precisado á fraccionar á sus alumnos, y á explicarles desde la puerta que servía de comunicación entre el un cuarto y el otro. Pero no era ésta la más negra. Habíanle prometido habitación gratis, y, efectivamente, se la habían dado; pero en una iglesia muy vieja, convertida en casa de vecindad, y por de pronto en un zaquizami indescriptible, formado por la bóveda de una nave lateral, pero de tal modo, que no había en él ni un solo palmo de pared plana; con que el maestro estaba allí como si le hubiesen introducido en un tubo, sin hallar modo de colgar en parte alguna ni un cuadro ni un espejo, y siempre que se aproximaba á la pared, se daba una testerada contra ella; todo esto le había disgustado desde el principio. Sin embargo, durante el primer curso las cosas habían ido de la mejor manera posible. Pero cátrate lo que después había sucedido.

Como hubiese muerto en el pueblo un presbítero que, amén de decir su misa, enseñaba el Catecismo á los niños de la escuela, pensaron los concejales, ganosos de hacer economías, nombrar un maestro sacerdote que los sirviera para ambas cosas. Era menester, sin embargo, desembarazarse antes de Carlos Lérica, con el cual se había pactado por seis años. Intentaron, pues, persuadirle á que espontáneamente dejase el puesto; él se negó categórica y rotundamente. Entonces comenzaron á «romperle el alma», para ver si lograban cansarlo.

«Cansar á Carlos Lérica, decía la carta, cuando anda de por medio su honra, ya lo comprenderás, era una empresa muy superior á la fuerza de los concejales. Pero no puedes formarte idea de las iniquidades que hicieron conmigo: llegaron hasta llevarse los carteles de la escuela. Yo, sin embargo, les enseñé muy luego los dientes.

»Como el más furioso de todos era el propietario de aquellas dos pocilgas donde yo tenía que dar mis

lecciones, hicle saber, por medio de un tercero, que á la primera que me hiciese, le enviaría dos padrinos. EL VIL estuvo cinco días sin asomar el hocico á la puerta. EL VIL se vengó después, en la ceremonia de la distribución de premios, dando órdenes al organista para que tocase en el piano la marcha real, antes de que hubiese yo terminado la lectura de mi discurso; pero me empeñé, por lo mismo, en leerlo hasta el fin; la bilis que yo estaba tragando por aquella picardía prestó tal fuerza á mis pulmones, que el músico se vió forzado á cesar, porque no se oía ni una sola nota de su cencerrada. Después hicieron cosas mucho peores. Publicaron en «El Eco» un artículo anónimo, infame, en el que se decía, á más de otros embustes ruines, que los maestros ex militares solían probar mal, porque son violentos, no tienen todas aquellas «habilidades y delicadezas» que han menester para enseñar á los niños; carecen de amabilidad y de tacto, y así continuaba. Respondí intimando al autor para que diera su nombre, si no era el más miserable de los calumniadores; y entre tanto lo llamé cretino y Judas. Pero EL VIL no dió su nombre. Y tanto él cuanto los otros de su bando, me prepararon otra jugareta. ¡Como que trataron nada menos que de hacerme padecer hambre! Un trimestre no me pagaron la retribución estipulada: el cajero, que se dedica á la venta de salazones y pescados, me dijo que no tenía fondos. Vime obligado á permitir que se me descontase un giro en el Banco Agrícola del Distrito, perdiendo en la operación un diez por ciento. Al trimestre siguiente agregaron á la tunantada la burla: aquel pescadero, ladrón, tuvo cara para decirme que tampoco tenía entonces un céntimo en caja; pero que si yo quería cobrar en salazones, en bacalao, ó en otra cosa de esa índole, podía tomarlo con toda confianza en su tienda. ¿Te haces cargo? Le respondí que preferiría mal comer, morir de hambriento, á estropearme el estómago con sus drogas, y le amenacé con elevar un recurso de queja al Gobernador, con lo cual le obligué á que me entregase las pesetas. Entonces, ¿á que no te figuras á lo que recurrieron? Pagaron á un hombre de mal vivir, un bribón, vecino del pueblo, para que

se estacionase muy próximo á la escuela, mientras yo daba las lecciones, y repitiese las últimas palabras de todos mis periodos, como el eco, para obligar á los chicos á reirse, imposibilitándome de seguir mi explicación.

»Ya comprenderás lo que ocurrió cuando me percaté de lo que hacían: salté de la escuela como un león. Pero en mucho tiempo no logré cogerle; ya salía la voz de la calle, ya de una ventana; unas veces de la callejuela próxima, otras no sé de dónde; algún malhechor de la vecindad debía de recibirle en su casa, y así podía tomar siempre las de Villadiego. Mordíame yo los puños de rabia, durante cuatro días, en los cuales temí enfermar del hígado. Pero cierta mañana, habiéndome ocultado un poco al sesgo, detrás de la ventana, vi la sombra de mi hombre en el empedrado de la calle; apelé á la astucia de salir por la misma ventana, en vez de hacerlo por la puerta, de modo que caí delante de él, en el momento en que repetía mis últimas palabras.

»El asesino apretó los talones, y yo corrí detrás furioso, sin sombrero; corría como un fugado de presidio, yo siempre á su zaga; dió vuelta á una esquina, yo también; y ¡hala, hala! de una calle á otra calle, hasta que lo atrapé, ya fuera del pueblo, y allí le propiné una tollina tal, por detrás, por delante, por arriba y por abajo, acompañada por las advertencias verbales correspondientes, que nadie volvió á verle el pelo en quince días.»

La carta continuaba explicando cómo los enemigos del maestro habían apelado al recurso pérfido, pero muy frecuente, de azuzar contra él á sus discípulos, y hacía una descripción abominable del personal de la escuela; el más triste, el más odiado tropel que había conocido hasta entonces; era un semillero de vicios y de crímenes en embrión; una penitenciaría de «delincuentes jóvenes», incorregibles. No había allí ni una cara, ni una sola, que prometiese, ni aún para época muy lejana, algo parecido á la hombría de bien; todos tenían ojos de gato ó de garduña, hocicos de zorro ó de «bulldog», cráneos de criminales ó de salvajes de la Australia. Hasta había un medio imbécil,

que solía hacer sus evacuaciones en la escuela, y al que no querían llevarse de allí de ningún modo, acaso para desesperar al maestro, á pesar de que éste había presentado muchas veces sus quejas al alcalde.

»Pero la maldad de esta gentuza, seguía diciendo, excede á cuanto pudieras imaginarte. ¿Pues no han llegado hasta disponer, en familia, preguntas de difícil contestación, y encargar después á los niños que me las dirigiesen delante de todos, en la clase, so pretexto de curiosidad ó deseo de instruirse, para conseguir ponerme en calzas prietas, ó lograr que yo hiciese la figura del burro?

»Y yo, burro verdaderamente, me he dejado engañar por algún tiempo, y no he comprendido el juego hasta que el hijo del VIL vino por la tercera vez en una semana á fastidiarme, preguntándome el significado de una palabra que evidentemente han pescado juntos en el vocabulario, él y el ladrón que lo ha engendrado:

—Señor maestro, ¿qué significa *aggeggio*?

»¡*Aggeggio*! Este vocablo extravagante fué para mí una revelación.

—Significa, le respondí, una cuerda para ahorcaros á ti y á los tunantes que te han dado el encargo.

»Desde aquel día cesaron las preguntas.»

Pero el perseguidor más encarnizado del pobre Lérica era el hijo del veterinario, un VERDUGO, al cual Carlos había dedicado una página entera de su carta, de tal manera impresionado por este sujeto, que, sin darse cuenta de ello, descendió á pormenores de novelista, como si con aquel tema de conversación se complaciese, mientras la ira le levantaba en alto.

Era el tal chico una de las figuras más antipáticas de la escuela; con una cabeza en forma de trucha, con los ojos oblicuos, estúpido, gorrino, perezoso, haragán, falso. Este muchacho habíase propuesto atormentarle con los ojos; le miraba, nada más. Mirábase con gran fijeza, constantemente, con una mirada aguda y fría, que no decía nada, ó decía algo que Lérica no podía comprender, y que precisamente por eso mismo le parecía más fastidiosa y más irritante; mirábase como si tratara de fascinarle, y le fascinaba efectivamente,

obligándole á que también él mirase fijamente al discípulo, y á las veces uno y otro, maestro y discípulo, se estaban mirando, durante un minuto, como dos enemigos mortales. Esta persecución había principiado un día, en el cual, como el mencionado alumno se hubiese presentado en la escuela con la cara sucia, había llevado el maestro á la fuente del patio, y colocándolo allí de modo que la nariz del chico estuviese debajo del caño, le había lavado perfectamente.

Desde aquel día, el muchacho había clavado los ojos en los del maestro, como dos taladros, y ni los bajaba nunca sino cuando leía ó escribía, pero solamente á intervalos, porque entre línea y línea, con un isocronismo de péndulo, proseguía mirándolo, como lo miraba también á la entrada y la salida de cada lección, todos los días, sin cesar nunca, de tal modo, que aquella mirada se había convertido para Lérica en un tormento. Sentía alguna vez tentaciones de estrangularlo. Lo más triste era esto: que el muchacho tenía familia numerosa, la cual debía de aborrecer asimismo al maestro; y todos, el padre, la madre, los hermanos, las hermanas, los grandes como los pequeños, cuando los encontraba por la calle, lo miraban fijamente, de la misma manera, con los mismos ojos oblicuos, con la mismísima mirada fría y aguda; y volvían la cabeza, y hasta se paraban para mirarlo; mirábalo así desde las ventanas de sus casas, y detrás de las puertas vidrieras de sus tiendas. Lérica sentía sobre él aquellas miradas antes de verlos, porque se lo anunciaba cierta sensación misteriosa y desagradable de malestar, como si fuera un hechizo de brujas. ¡Oh! Era aquel un tormento sin igual en el mundo, y que le ponía de tal modo furioso, que se sentía muy capaz de exterminar á toda aquella ralea, haciendo saltar la casa con dinamita.

«Y dicen luego, continuaba la carta, que no maltrate á los muchachos!...» Pues él, por el contrario, se proponía adoptar el procedimiento de un maestro de cierta aldehueta próxima. Tenía el tal, apoyada en su mesa, una vara larguísima, que alcanzaba á todas partes, como la justicia de Dios, y con aquella pértiga, que manejaba con ambas manos, mantenía la disci-

plina. ¡No pegar á los niños! ¡Si era antinatural esto!... ¡Si era necesario ser embusteros, interesados y bribones para sostener esa máxima, que era la ruina de la infancia é imposibilitaba la escuela! ¡Si la escuela se había convertido en un infierno desde que se había prescindido en ella de las correas, y los alumnos nada temían por su pícara piel! Por eso era él desgraciado; porque no podía pegar con la debida proporción á su temperamento impetuoso y sus fuerzas físicas, pues donde cayese su mano serían indispensables los auxilios de la cirugía. Pero se las arreglaba con reprensiones. Y decía de uno de sus alumnos, que había osado escribirle con tiza en la pizarra: *Aussa 'l frac* (traducción libre: levantazuecos). Lérica le había cogido por el cogote, había llevado á pulso hasta el encerado, y le había hecho borrar la injuria con la punta de la nariz, prohibiéndole después que se limpiara, para que fuese á presentarse á los autores de sus días con la «marca de la infamia» en el semblante.

«*Aussa 'l frac!* terminaba la carta. ¡Ya lo creo! Seguramente que lo alzaré ¡so canallas! y os perderé de vista muy contento; pero cuando á mí me acomode, y no sin que antes os haya hecho tragar mucha bilis.» Decía también que su auxiliar en aquella lucha era el cura, una especie de gigante, poco más, poco menos de su estatura, y sacerdote liberal y hombre de bien, que por estas condiciones estaba malquisto en el pueblo y en guerra permanente con las autoridades, pero al que todos habían cobrado miedo desde un suceso que le había acaecido cierta noche en Turín, donde el tal presbítero, como se hubiera visto agredido por dos jovenzuelos, había cogido á ambos por la corbata y los había llevado con la lengua fuera á la más próxima prevención de Seguridad pública.

Carlos Lérica había estrechado amistad con este sacerdote, y cuando paseaban juntos por las calles y dirigían en rededor torvas miradas, «temblaba el pueblo.» Entre tanto Lérica estaba buscando secretamente otra plaza, y suplicaba á Emilio Ratti que le avisara en caso de tener noticias de alguna que pudiera convenirle y que no estuviese muy lejos. En una posdata

decía: «El concejal alquilador de cuartos me ha censurado en la sesión del Ayuntamiento porque no he asistido, «á mi costa», á las conferencias pedagógicas de Saluzzo. |||VIL|||»

UN ESCÁNDALO

Después de esa carta que, si bien no de gran importancia, había sido para Ratti un acontecimiento, y después del nombramiento, que por aquellos días recibió, de maestro en Camina, su existencia se deslizó sin novedad alguna hasta fines de año. Pero un suceso de verdadera gravedad sobrevino en el pueblo, unos quince días antes de los exámenes. La maestría Vetti fué llamada á Turín por el Provisor, y al propio tiempo esparcióse el rumor de que el motivo de la llamada era el siguiente: que en la escuela de las «Casas Rojas» se hallaba, hacía ya algunas semanas, presente á las lecciones un discipulito ó una discipulita invisible, y que no estaba en la lista de los matriculados. Realmente, aquello se decía desde mucho antes; había algunos curiosos que, desde hacía dos años, siempre que encontraban á la maestra, le tomaban con los ojos la medida del talle, y andaban repitiendo, con retintín malicioso, que se ponía muy gruesa. Pero justamente por lo mismo que se decía siempre y se repetía tanto, nadie lo daba crédito, y fué necesaria la llamada del Provisor para que la noticia fuese creída.

Marabillábanse todos; se promovieron en el pueblo incesantes habladurías, como si el caso hubiese acaecido contra todas las previsiones, y casi por obra y gracia del Espíritu Santo.

¡Demonio! ¡Cosa como ella! ¿Habrás visto? ¿Y de cuántos meses? ¿Y quién habría sido? ¡Aquello era una deshonra para el pueblo!

Algunos dieron un paseo hasta las «Casas Rojas»

para adquirir informes. Todos aseguraban que habían adivinado el oculto fardo hacía ya algunos meses. Las sospechas de la mayoría recayeron en el maestro de Azzorno. Pero la maestra, señora Falbrizio, que en sus ratos desocupados andaba visitando las casas del pueblo, desmentía en todas partes aquellas suposiciones, y afirmaba con absoluta certeza que, desde el principio del año académico, nadie había vuelto á ver al maestro por aquellos contornos; la señora Falbrizio, según ella afirmaba, sabía además que había habido rompimiento completo de relaciones. Alejadas de aquel punto las sospechas, se fijaron en el tratante en maderas, en el alcalde, en el pretor, y hasta en aquel ermitaño, medio salvaje, de señor cura, á quien no se había visto nunca por aquellos sitios, pero de quien decían que iba por las noches disfrazado. Para enfurecer á la partera, decían también que el seductor debía de haber sido él maestro señor Calvi. No faltaban quienes, cuando oían hablar del suceso, sonreían con cierta vanagloria, y fingían que deseaban cambiar de conversación. La señora Falbrizio, por su parte, hacía creer que había sido el tratante en maderas; hacía también circular el rumor de un casamiento probable: rumor que era acogido con incredulidad, mixta de despecho, porque desagradaba á pocos que el escándalo pudiese terminar tan pronto y tan honrosamente.

Entre tanto, la maestría no regresaba, y nadie sabía una palabra acerca de ella. Por aquellos días llegó el abogado Samis, y como se extendiese la noticia de que el recién venido había hablado con el Provisor, muchos—y aún de sus propios enemigos—le asediaron con rostro placentero, para averiguar algo. Pero Samis declaró á todos que estaba completamente á oscuras de todo. Con el maestro Ratti, sin embargo, acaso (entre otras razones) por la de que el abogado sabía ya que dentro de poco tiempo había de ausentarse, fué más franco: había hablado efectivamente con el Provisor, para ver si era posible evitar el escándalo sin perder á la pobre muchacha. Pero no se halló otro que el usual y corriente. La maestra no tornaría al pueblo, y, según costumbre, la enviarían á respirar aires lejanos, ya en una isla, ya en algún rincón muy

apartado, allá en los confines del Reino. Pero la extrañeza y la curiosidad descomedida de aquellas gentes, le disgustaban. Entre aquellos mismos que habían acudido á obsequiarlo para ver si averiguaban cualquier cosa, había alguno de los que, mes por mes, habían enterado al Provisor de los progresos... del asunto. Porque siempre sucedía esto en los pueblecillos; toda «concepción» de una maestra era notificada, por medio de anónimos, á las autoridades académicas de Turin, no ya solamente cuando la cosa era visible, sino cuando podía sospecharse apenas su posibilidad, y no una, sino muchas veces, con intervalos casi regulares, con un celo de «espías» pagados por la Cuestura. ¡Tartufos miserables! ¡Y fingían asombro! No bien había llegado al pueblo la víctima predestinada, cuando ya acudían docenas para rodearla, acecharla, quemarle la sangre y calentarle la cabeza con las malas artes de la hipocresía y con las tentaciones más descaradas, haciéndola comprender de cierto modo que, siendo honrada lo mismo que no siéndolo, perdería su reputación; y después, cuando el acontecimiento solicitado, previsto, pregonado antes de que sobreviniese, sobrevenía, todos gritaban escandalizados, y la emprendían, como el asqueroso del alcalde, contra las maestras que «llevan la inmoralidad á los pueblos». Que era como si llevarsen guano al Perú. ¡Qué obscenidad la de esas gentes, Dios del cielo!

El resultado fué que vino de Turin una maestra anciana para sustituir á la señorita Vetti en los exámenes, y que cuando Emilio Ratti partió, nada se sabía aún de la señorita Vetti, sino que se la había visto apoyada en el brazo de una amiga, en la plaza Castello, muy redonda y un poco pálida, pero con cierta sonrisa de coquetería pudorosa, que revelaba tranquilidad de ánimo; lo cual, con disgusto de todos, daba alguna verosimilitud á los rumores de matrimonio propagados por la señora Falbrizio; con tanto más motivo, cuanto más se comentaba el hecho de que Cavezzi, el tratante en maderas, faltaba de Altarana hacía ya un mes.

Lo mucho que allí había padecido no fué parte para que Emilio dejase de experimentar mucha tristeza al

salir de Altarana; muy principalmente por su vecinita, la buena, la excelente Faustina Galli. Todas las simpatías que Emilio había sentido en los primeros días; su amor, su admiración á la existencia heroica de la joven, todos los sentimientos casi adormecidos, despertaron en el corazón del maestro cuando llegó el momento de la partida. El padre de la maestrilla se hallaba, hacía cerca de un mes, casi acabando, y en tan angustiosos momentos iban, para ayudarla algunas horas todos los días, la excelente hija del tocinero, que ya era casi una jovencita, y la aldeanita de las estrellas de montaña; todas las noches, cuando se despedían, Faustina las llevaba abrazadas un gran rato hasta la escalera, en la obscuridad, estrechando las cabezas de ambas contra su pecho, sin pronunciar una palabra.

En el momento en que salía de su casa para despedirse de Faustina, vióla Emilio desde la ventana, en el terradillo, erguida, cerca de la barandilla, muy pálida, con el rostro desfigurado por las noches de vigilia, y con el pensamiento de la desgracia inminente, grabado en su semblante como un golpe; pero firme, casi altiva, frente al dolor, pronta á aceptarlo, resuelta á sufrirlo todo sin buscar consuelo ni quejarse de Dios. Hallábase la joven con la cabeza alta y con los ojos clavados en las lejanías del horizonte, como si mirase con el pensamiento á la muchedumbre de niñas á quienes habría de consagrar en adelante y por completo su existencia; pensando con toda su alma en el único y santo deber que le quedaba, después del otro, no menos santo, que tan noblemente había cumplido, y cuyo fin se aproximaba. Viéndola tan distraída y tan triste, el joven no tuvo valor para aumentar aquella tristeza con la turbación de una despedida, que le habría dejado recuerdos dolorosos. La contempló, durante un gran rato, por entre las cortinas de la ventana; dejó en una carta su despedida por escrito, y, abandonando para siempre aquel cuarto, envió un beso no visto, un beso triste y dulce, á la preciosa boca en que se hallaba toda su hermosura, y de la que habían brotado tantas palabras nobles, que le habían consolado, y que él jamás olvidaría.

EN EL CONVENTO

Hallábase Emilio, hacia próximamente un mes, en ***, en casa de los señores Goli, donde había encontrado á su hermana, ya muy crecida y muy guapa, cuando una tarde, poco antes de comer, mientras estaba discurriendo para quién podría ser un quinto cubierto que había sido agregado á los cuatro de costumbre, vino el amo de casa á decirle sonriéndose, y como quien anuncia á un recién llegado:

—Ratti, una amiga antigua.

Y Emilio vió entrar impetuosamente á una señora alta, morena, que, sin dejarle tiempo de reconocerla, le cogió ambas manos y le dió sendos besos en las mejillas. Era su prima, recién llegada, entusiasmada aún por haber recobrado su libertad, después de cuarenta días de vida monástica, como hizo comprender con un «Ya oirás», y con un suspirazo que no parecían sino la promesa de la relación de una fuga de las cárceles celulares. También el maestro la encontró cambiada esta vez; enflaquecida aún y como tostada por un viaje al Africa, pero con el talle más erguido, y más nerviosamente viva en las palabras y en los movimientos, como suele ocurrir á las solteras hacia los treinta años, cuando la juventud grita con más fuerza, y se impacienta porque no tiene tiempo que perder. Cuando se quitó el sombrero, mientras se pasaba la mano por los cabellos, observó Emilio aquella hermosísima cabellera negra, algo alborotada, que no había vuelto á ver desde su visita á Piona, y reconoció las manos robustas, que tan rápidamente habían trinchado una gallina bajo el cobertizo de la casita rústica.

—Vamos á ver—le preguntó bruscamente la joven. —¿Qué has hecho en este año? ¿Te has casado? ¿Quién me lo ha dicho? ¿No? ¿Estás todavía en Altarana? ¿Te vi en Turín con una cara tan extraña! ¿Cómo van tus negocios? Dímelo todo en cinco minutos.

El señor y la señora Goli, un matrimonio tranquilo

y reposado, de la clase media, próximos ambos á los cincuenta años, y un tanto adormecidos por una existencia sin variedad y sin pensamiento, se divertieron lo que no es decible oyendo la conversación animada de aquellos dos jóvenes; conversación en la cual andaban revueltos y confundidos la escuela, el Estado, el amor, la Administración y la Iglesia. Y los dos interlocutores á su vez, estimulados por la curiosidad de sus huéspedes, por la frescura deliciosa que se disfrutaba en el terrado en que comían, por la regocijada vista de las montañas y de la llanura, llenos de recuerdos de su infancia, enardeciéndose poco á poco, llegaron, como sucede siempre, á disfrutar aún con la relación de sus más tristes aventuras.

—Bien pensado todo—exclamó la prima,—en ciertos momentos no estoy descontenta con mi oficio; cuando no se logre otra cosa, se conoce el mundo y se vive.

Por su parte, ella había estado en la Italia meridional, en los Alpes, en una isla, en las riberas de Liguria; podía decir que había viajado lo mismo que una gran señora. Sin embargo, no le bastaba eso todavía. Su ideal seguía siendo siempre Túnez, el Oriente. Pero antes quería irse á América. Esperaba conseguir un puesto en las escuelas de la colonia italiana del Plata; ya estaba en tratos, y había comenzado á estudiar castellano por el método de Ollendorf.

Aquellos cuarenta días de convento habían encendido más que nunca en ella el deseo de lanzar un vuelo de algunos millares de leguas á través del Océano. ¡Ah! ¡Qué cuarenta días! ¡Se acordaría de ellos mientras viviese! Para ella habían sido como una carrera á través de mundos desconocidos; un sueño de seis semanas, del cual aún consideraba mentira haber despertado; y no cambiaría ella el recuerdo de aquellas seis semanas por el de una ascensión á la Luna. ¡Y pensar que había titubeado cuando, próximo ya á terminar su año académico en Brilla, le habían propuesto que diese un curso de gimnasia á las monjas! Eran monjas en clausura, que sostenían un establecimiento de educación, al cual, como le estuviesen anexas las escuelas municipales del pueblo, el inspector del Gobierno le había impuesto la gimnasia obligato-

ria; de aquí el que, después de haberse resistido bastante, habían tenido que resignarse á buscar una maestra laica que las preparase para los exámenes de reválida; con el permiso del Obispo, se entiende. ¡Qué peregrina, qué inolvidable sensación la había producido el penetrar en aquellos lugares, si bien había pactado que podría salir alguna vez con una demandadera!

El convento, por otra parte, era hermoso; tenía grandes ventanas al mar, y un vasto jardín con palmeras y árboles frutales. Pero la celda que le habían señalado, pequeña y desmantelada, como la de una monja, había parecido al pronto una tumba. Después, ¡qué silencio! Aquellas monjas, que al sonido de la campanilla se desvanecían como sombras; aquel modo de andar en todas observado, que no se las oía, y siempre se le aparecían repentinamente, como si salieran de debajo de tierra; aquel continuo hablar muy quedo, muy quedo, como si detrás de cada tabique hubiese un moribundo. ¡Qué tristeza! Había treinta monjas, de las cuales diez eran maestras; parecíale, sin embargo, en muchas ocasiones que se hallaba sola en aquel vasto edificio, y se apoderaba de ella un ansia, una monomanía de escaparse, ó de pedir auxilio, como si todas hubiesen huído ocultamente y la hubiesen tapiado las puertas para hacerla morir de terror y de hambre.

—Esto no me sucedió más que en los primeros días, —dijo;—la enseñanza me distrajo muy pronto. A las cuatro de la mañana oíamos la misa; después los rezos; luego el desayuno, y en seguida del desayuno, la gimnasia. ¡Pero cuántas dificultades se habían ofrecido antes de preparar las lecciones! Las monjas, según la regla del instituto, no podían tocarse; ella misma, como cogiese á una de bracero por el jardín, había sido solemnemente apercibida por la *Madre* para que no volviese á hacerlo, porque no podía tocarse á una monja sino en el caso de que se cayese, para ayudarla á levantarse. Por esto, en las primeras lecciones de gimnasia, en las cuales necesitaban tocarse las monjas, se negaban á efectuar los movimientos, y fué precisa la orden terminante del confesor, que amenazó

con negar la absolución á las que no obedeciesen, y fué menester la intervención de la *Madre*, que las convenció de que en aquel caso el contacto era lícito por causa de fuerza mayor. Vinieron después los pasos rítmicos, en los cuales era indispensable enseñar las piernas, y cádate nuevas discusiones. Después, otros movimientos que parecían indecorosos, y que fueron sometidos, unos en pos de otros, al criterio del confesor, el cual permaneció irresoluto durante dos días. Había una monja de veintisiete años, una mujerona un poco extravagante, que no quería adoptar, en manera alguna, ciertas actitudes, y que palidecía de indignación. Y era, en efecto, una cosa que causaba risa y compasión juntamente, al ver á las pobres monjas saltando, con el rosario á la cintura, y tropezar con las túnicas blancas, y siempre con la cabeza baja, para no encontrar la mirada de la profesora. Pero, sin embargo de todo esto, aprendían. Después de las lecciones, se reunían entre sí, y repasaban los ejercicios, mandando por turno, pero con un hilo de voz, como si pronunciasen palabras prohibidas ó hicieran cosas escandalosas. Todo el día estaban pensando en aquello. A cada momento se le entraba una en la celda, para que la profesora le aclarase una duda.

—Señora, ¿en cuántos tiempos se hace la flexión de los brazos?

—Señora, ¿de qué manera hay que hacer la vuelta del busto?

—Y usted—interrumpió el señor Gali,—profesora de esos escándalos, ¿parecería á todas una pobre alma perdida?

—De ningún modo—respondió la maestra;—todas me tomaron cariño. ¡Qué mal conocen á las monjas los hombres! La necesidad de cariño en estas muchachas es más fuerte que ningún otro sentimiento. Cierta mañana, mientras les daba la lección, se apoderó de mí repentinamente inexplicable melancolía, y comencé á llorar: rodeáronme todas con apresuramiento:

—¿Qué tiene usted? ¿Qué le hemos hecho?

Y me colmaron de palabras afectuosas.

Algunas, por la noche, procuraban persuadirla ó que se hiciese monja; pero muy sinceramente, se veía, eso,

y con la certeza absoluta de que la aconsejaban su bien. También las había egoístonas, que no pensaban más que en comer y sobrellevaban aquella existencia dura de muy mala gana; pero éstas inspiraban á las otras profunda aversión, y eran para ellas escándalo y tormento. Muchas había que, para hacer penitencia, aún dejaban reducido á la mitad su escaso alimento, que se componía casi siempre de una ensalada de calabaza cocida, y llevaban sus privaciones tan allá, que la Madre, para obligarlas á comer, necesitaba recurrir al confesor, que fijaba una cantidad de pan, con el mandato expreso de concluirlo en el día. Habíalas también que iban á escoger para ellas las frutas más pasadas, antes de que las tirasen; que estaban rezando casi todo el tiempo que duraba la comida, y comían después aquello poco atropelladamente al levantarse, para no saborearlo; otras había que tenían toda la cara estropeada por los mosquitos, porque, para padecer, se abstendían de correr el mosquitero de noche. Y á pesar de esto, estudiaban todas, no ya sólo con un ahínco que la había maravillado, sino con una ambición de distinguirse, que no se comprendía cómo era compatible con el desprecio de las vanidades humanas que la Religión impone, ni con aquel mismo sentimiento de humildad que en todo lo demás demostraban.

La *Madre* misma, próxima ya á los cincuenta años, una mujer de formas esculturales, con dos ojos hermosísimos, que se imponía las penitencias más rudas, y las sufría hasta el extremo de caer algunas veces en tierra entre convulsiones y sollozos, no conseguía ocultar su ambición de ser admirada por su ingenio y por su cultura. Y no solamente por esto. La prima de Emilio no juraría que no hubiese cierto estudio en los artísticos pliegues de aquella túnica, y en las actitudes siempre nobles en que la maestra se mostraba. ¡Pobre *Madre*! También le había cobrado afecto, y muy á menudo tenía con ella, paseando, largas conversaciones, y le daba también el brazo, pero diciéndole en voz baja: «cójase á la manga».

—En resumidas cuentas—dijo Ratti,—allí te has divertido.

—¡Oh! ¡No digas eso!—respondió la prima.—Estaba yo muy triste.

Casi todas estaban tristes. Hasta las más sinceramente religiosas decían con demasiada frecuencia que estaban contentas para que pudiera creerse que decían la verdad. Tenían siete horas diarias de rezo obligatorio, y el viernes rezaban puestas en cruz. Muchas estaban enfermizas, y para curarse ponían en el caldo fotografías pequeñísimas de Jesús, que se tragaban.

Lo monótono de aquella existencia las consumía; de modo que ya, vencidas las primeras repugnancias, acabaron por bendecir también la gimnasia, que daba alguna variedad al día. Hallábanse rodeadas de tal atmósfera de aburrimiento, que todos los años esperaban con impaciencia los ejercicios espirituales, porque cada vez venía de fuera un sacerdote distinto para confesarlas, y desde tres meses antes no hablaban de otra cosa, y sus rostros se iluminaban como si esperasen la bajada de Dios. El acontecimiento más grave, y del cual hablaron por espacio de muchos años, fué el de un sacerdote que, al despedirse de la Madre, la había besado el velo.

Todas, en aquella vida de reclusión y como sofocada que llevaban, tenían la imaginación extraordinariamente excitada, como si la juventud, comprimida en el corazón, surgiese muy alta en imágenes, no pudiendo desahogarse de otro modo; y en muchas, con el temperamento mismo, habíanse alterado de un modo ostensible, evidente, el carácter y hasta la razón. Había una que á cada instante, por la cosa más mínima, se rebelaba contra la *Madre*, alborotando, y entonces era castigada, como una colegialilla, á estar entre una puerta y la tapia, y allí permanecía horas enteras, inmóvil, llorando y cubriéndose la cara con las manos. Otra, de carácter cariñosísimo, enferma, que había obtenido el privilegio de recreos extraordinarios, corría de una parte á otra, como una loca, atrás y adelante, por el jardín, durante muchas horas del día, y de noche tenía despiertas á todas con una tos terrible, que resonaba desde lo más bajo á lo más alto del convento como el rugido de una fiera. Por la noche aquella morada de la paz estaba menos pacífica que

por el día. Tenía la maestra, en la celda inmediata á la suya, una joven hermosísima, que en sueños llamaba á su madre, que estaba en América, y la llamaba treinta y cincuenta veces seguidas con voz de una ternura y de una tristeza tales, que destrozaba el corazón. ¡Oh! ¡Cómo se acordaría de todas mientras viviese! Especialmente de una monjita que todas las mañanas le llevaba á la cama el café; con una cara blanca, blanca lo mismo que su velo, con unas manitas de niña, y que decía siempre, con el mismo tono de voz dulce y cariñosa: *Deo gratias*. Era muy joven y muy delicada, y tenía dos ojos azules, del color del cielo, que expresaban una necesidad inmensa de amor; mirábala siempre la pobre como si desease decirle muchas cosas, y nunca le decía nada.—Esta muchacha entró un día en la celda de la maestra, y pareciéndole que dormía, se aproximó á ella de puntillas, le dió un beso en la frente, y huyó; durante quince días no se atrevió á mirarla.

En este punto el amo de casa lanzó una especie de resoplido, con cierta vanidosa ostentación, como para rechazar imágenes que irritasen su sensibilidad demasiado varonil, y dijo con impaciencia fingida:

—Volvamos á la gimnasia.

—Sí—contestó la maestra sonriéndose;—volvamos á la gimnasia. Hacia fin del curso comenzaron las monjas á pensar seriamente en los exámenes, no por las dificultades, sino porque había de ir al convento una comisión examinadora, presidida por el Provisor de la provincia, y ellas deberían ejecutar en presencia de hombres, seculares, acaso jóvenes, aquellos mismos ejercicios que en su principio tanto las costó hacer delante de una joven. La idea de los pasos rítmicos, sobre todo, las hacía palidecer. La misma *Madre* estaba inquieta. En el refectorio, durante la comida, principió á disponer que se rezara con más frecuencia, con la manifiesta intención de expiar anticipadamente el escándalo que se veía constreñida á tolerar en el convento. Algunas monjas fueron á confesarse más á menudo para hallar valor y consejo. Durante el recreo en el jardín no hablaban con la maestra de otra cosa; abrumábanla con mil preguntas: si sabía algo de los

examinadores, de su edad, de sus modales; si eran solteros ó si estaban casados; cuánto duraría el examen de cada una; si podrían excusarse algunos movimientos, ó indicarlos nada más, ó si sería preciso hacerlos del todo, como lo hacían delante de la maestra. Esta procuraba, por todos los medios posibles, animarlas, pero con resultado escaso. Durante la última noche no descansó ninguna; hallábanse en tal estado de agitación, así como entre la vigilia y el sueño, con aquella idea bullendo en sus cabezas, que, como por casualidad hubiese entrado en la celda de una de ellas un palomo volando, la monja, espantada, comenzó á gritar despavorida que estaba allí el diablo; todas las demás se vistieron apresuradamente y diéronse á correr por los claustros, tropezándose unas con otras y chillando, hasta que acudió la *Madre* con luces. ¡Oh! ¡Cuánta lástima la habían inspicado todas aquellas niñas de túnicas blancas, agrupadas en el extremo de un corredor, con las cabezas sin cabellos, que parecían otros tantos muchachos enfermos, avergonzadas las pobrecillas, y temblorosas del miedo al diablo y al Provisor!

—La terrible Comisión—siguió diciendo la maestra—llegó á las diez de la mañana. Realmente el aspecto del Provisor era tal, que parecía buscado adrede para dar cuerpo á las pavorosas imaginaciones de las pobres monjas; un capitán de dragones, cuyos cabellos ya empezaban á blanquear, pero con grandes bigotazos negros, mirada dura, nariz enorme y un vozarrón espantoso. Con él iba un profesor de gimnasia, una cara de estuco que no expresaba nada, y, afortunadamente, un inspector simpático, un hombre grueso, benévolo y respetuoso. Los exámenes se verificaron en un salón desprovisto de muebles y en el que habían puesto expofeso dos crucifijos. Desde el principio se irritó el presidente al observar el excesivo miedo de las monjas y el rostro agitado de la *Madre*, que no parecía sino que se hallaba sumida en las mayores tribulaciones, como si él hubiera ido al convento para apesantarlo. Principió, pues, á dirigir las preguntas con un acento brusco que redobló la confusión de las examinandas, diciendo á cada instante, ya á una, ya á otra:

—¡No hay que asustarse! ¡Por los clavos de Cristo! Soy un hombre, no soy una tarasca. ¿Le han hecho á usted creer otra cosa?

Y lanzaba miradas á la *Madre*.

Lo peor fué cuando se llegó á los ejercicios. Cuando veía las varitas enredándose entre las cuentas de los rosarios, estremeciase la *Madre* como si contemplase una profanación. El Provisor insistió muy especialmente en los pasos gimnásticos, y mientras ejecutaban un ejercicio, se impacientaba porque las monjas no enseñaban los pies. Hubo un momento en que, muy enojado, exclamó:

—¡Pero levántense ustedes un poco el vestido para que pueda yo ver lo que hacen!

La *Madre*, con voz casi ahogada, dijo:

—¡Es una indignidad!

Afortunadamente el Provisor no pudo oirla. Pero, aparte de la pena que daban aquellas pobres monjas tan apuradas, era un encanto ver la gracia que prestaba á muchas aquel rubor, y qué hermosas estaban tan encendidas y trémulas, bajo sus blancas tocas. Pero se las veía padecer de tal modo, que el inspector mismo volvía hacia otro lado su cara para no aumentar con sus miradas las torturas de aquellas jóvenes. De pronto el Provisor, dirigiéndose á mí, dijo secamente:

—Pregunte usted sobre los movimientos de rotación del busto.

Al oír estas palabras, la *Madre* se apresuró á decir, poniéndose pálida:

—Perdóneme usted; eso no pertenece sino á la gimnasia de hombres.

Los movimientos de rotación del busto quedaron suprimidos. Pero aquella observación exasperó todavía más al Provisor, á quien enojaba el ver la repugnancia que por la gimnasia sentían aquella *Madre* y aquellas monjas, siendo así que la mayor parte mostraban en sus personas enfermizas y débiles tener mucha necesidad de ella. Díjolo con aspereza al marcharse:

—No tenga tanto miedo á la gimnasia, reverenda *Madre*; los ejercicios gimnásticos dan la salud; aconséjela, aconséjela á sus hijas, y hará una buena obra

y podrá dar á los pobres el dinero que ha de ahorrar en medicamentos.

Pero la *Madre* se consideraba tan feliz al verse libre de aquel suplicio, que ni oyó siquiera la repasata. Lo mismo sucedió á las monjas. De tal modo se regocijaron cuando la Comisión examinadora levantó el campo, que se habrían abrazado y besado unas á otras á no prohibirlo el reglamento. Aquel mismo día confesaron todas.

—¡Qué rareza!—exclamó el señor Goli, que había estado escuchando atentamente y brillándole los ojos. —Me hubiera gustado mucho ver el paso gimnástico de la monjita del beso.

Pero á la señora Goli no le hizo gracia aquella salida, y manifestó indirectamente su disgusto tomándola contra el Gobierno. Era verdaderamente una indignidad, como había dicho la *Madre*. Por lo menos las monjas debían ser respetadas, y agregó:

—¡El Gobierno es brutal!

Contó, por último, la maestra el disgusto que había experimentado en el momento de la separación. Algunas le habían cobrado verdadero cariño. Al entrar en su celda siempre hallaba en ella hermosas frutas que, á escondidas, venían á dejarle en la mesa. Había algunas en quienes se conocía, cuando de noche paseaban con ella por el jardín, que padecían mucho por no poder siquiera cogerla del brazo, y se contentaban con hacerle de cuando en cuando el ademán de acariciarla el rostro, sin tocarlo, pero poniendo en su actitud y en su mirada una expresión de ternura inefable. El día que precedió á su marcha recibió confidencias de cada una. La del beso, entre otras, le dijo con mucho misterio, enjugándose las lágrimas, que el verla partir le ocasionaba un gran dolor, y que para demostrar cuánto la quería, le escribiría una vez; que el confesor se encargaría, sin saberlo la *Madre*, de poner en el correo su carta; que conservara después aquella carta como el recuerdo de una hermana muerta. El día de la partida todas la rodearon, le regalaron amuletos, escapularios, rosarios, medallas, naranjas, dulces; y como sus bolsillos no eran suficientes para contenerlo todo, le hicieron uno á propósito, muy gran-

de, para llevarlo debajo del vestido. Todas lloraron en el instante de la despedida, y cuando la maestra estuvo fuera, corrieron todas á las ventanas que daban á la calle del pueblo. Las ventanas de aquel lado estaban cerradas constantemente, pero no importa; las monjas quisieron oír al menos el rumor del carruaje que se alejaba, y su último saludo fué un susurro que se percibió detrás de las persianas clavadas, y dos ó tres *adiós* pronunciados en voz baja, que apenas llegaron á su oído como gemidos ahogados.

—Y ahora—exclamó la maestra, alegrándose de pronto, pero con los ojos todavía húmedos,—saldré para América. Mi bello ideal sería tener una escuela mixta en uno de aquellos pueblecillos de las colonias italianas de la llanura, donde las muchachas y los muchachos van á caballo desde grandes distancias en grupos de cuatro y de seis, y antes de entrar en la escuela atan las çabaladuras á los hierros de las ventanas... ¡Qué placentero debe de ser, ya terminada la lección, verlos partir al galope á todos y esparcirse en varias direcciones como una bandada de pajarillos! Me parece así como si viese yo conducir mi pensamiento á los cuatro ángulos de la tierra por una tropa de mensajeros alados, y animarse con mi espíritu aquel desierto.

Pero no: ella prefería aún otra escuela; una escuela libre y movilizada que al andar tuviese detrás de ella poblaciones colonizando tierras vírgenes, en los confines de la región de las Indias. La entusiasmaba la idea de hacer que el abecedario siguiese paso á paso al arado, y poder con fundamento y con justicia decir: «Aquí soy yo la primera que enseña á leer desde la creación del mundo.» Había, sin embargo, otro ideal aún más atrevido. Había leído la joven en el «Diario de los maestros» que, después del desbordamiento de un gran río en la República Argentina, como hubiera sido inundado el edificio de la escuela en un pueblo, la escuela se había instalado temporalmente en un barco, donde se había dispuesto también alojamiento para la maestra, y que ésta daba las lecciones sobre cubierta, á la sombra de las velas tendidas.

—Yo me alegraría—dijo para concluir,—de dar lección

en un barco parecido á ése; pero que siguiere río arriba hasta encontrarse en medio de los bosques donde se oyesen los rugidos del tigre y del jaguar, y allí hacer que las niñas, arrodilladas en el castillo de proa, rezasen al rumor de las cataratas. ¡Ah! ¡Qué sueños tan hermosos! ¿Quién sabe si se realizaría alguno de ellos?

Cuando decía esto, se hallaba sobreexcitada y parecía hermosa; su voz tenía todo el calor de los últimos años de la juventud, y sus huéspedes la contemplaban con la simpatía más profunda.

—Nada de eso—dijo el amo de la casa de pronto y en són de galantería;—el día menos pensado se presentará en campaña un hombre de buen corazón y de buen gusto, que la detendrá en Europa y le quitará de la cabeza América y las cascadas.

—No—respondió la joven recobrándose un poco y con un ligero acento de tristeza;—mi momento ha pasado ya. Soy además una cabeza demasiado extravagante para ser buena casada.

De repente se distrajo con un recuerdo. En toda su vida sólo había recibido dos proposiciones serias de matrimonio. La primera le había sido hecha en Pílon por un cabrero, viudo, el cual tenía una hija que andaba á la escuela. Era un hombre de cuarenta años muy cumplidos. Habíala requebrado una temporada, y se había valido de un procedimiento curioso para dirigirle las primeras declaraciones. Hacía que su hija escribiese en las márgenes del cuaderno palabras tiernas, que él dictaba, y debajo garrapateaba su nombre, apenas inteligible. Después, cuando la maestra dió á la niña orden de no escribir aquellas cosas en el cuaderno, el viudo había intentado conquistar la gracia de la maestra y entrar en su casa con el pretexto siguiente: que deseaba tomar lecciones de escritura, en la que andaba algo flojo. Pero como ella rehusase el darle esas lecciones, el cabrero había presentado á cara descubierta su pretensión, pidiéndola en matrimonio en toda regla, razonando tranquilamente sobre la conveniencia de aquella boda, demostrándole que él con su rebaño y ella con su sueldo, uniéndose,

La novela de un maestro—Tomo II—7

podrían llevar una vida cómoda. No le había costado poco trabajo á la maestra hacer que el pretendiente aceptase con resignación su negativa; el pobre hombre se hallaba afligido de veras y pasaba horas enteras, durante la lección, sentado á la puerta de la escuela fumando melancólicamente en la pipa y escuchando su voz; y cada vez que la maestra salía, repetía él obstinadamente su solicitud, poniéndose la mano sobre el corazón. ¡Pobre cabrero! Acaso era el único, entre todos los que se lo habían dicho, que la había querido seriamente!

—¿Y el otro aspirante?—preguntaron los comensales.

—El otro aspirante—respondió la maestra riendo,—era mucho más joven. Era un discípulo de su escuela mixta de Brilla; un muchacho de siete años y medio, muy avaricioso de ser premiado, el cual le había puesto en el cajón de la mesa una carta escrita en letras muy gordas, en la cual le decía que si le daba el premio á fin de año, «él ó su hermano», cuando fuesen mayores, se casarían con ella.

Todos rieron; pero el señor Goli no se satisfizo con aquellas confesiones.

—La maestra no lo dice todo—dijo,—algún otro hay.

—Sí—dijo bromeando la maestra,—queda el alcalde de Brilla; el cual alcalde me hizo una declaración en un soneto, al que respondí con otro soneto mandando á paseo al alcalde.

—No—insistió el señor Goli con cierto aire malicioso;—no se trata de la administración municipal, sino de los reales ejércitos.

Ruborizóse la maestra, y aún pareció que aquellas alusiones la disgustaban. El año anterior, en un momento de confianza, había referido á la señora un hecho ocurrido en Turín cuando estaba la maestra siguiendo el curso de gimnasia, en otoño, con otra compañera en la vía Palestra. Los oficiales de un cuartel próximo habían tomado la costumbre de salir á su encuentro sin más propósito que acompañarlas hasta el Municipio; cuando el Provisor lo supo, recurrió en queja al General de división, y á una simple indicación de éste, los oficiales no habían vuelto á dejarse

ver. Pero uno de ellos, un joven muy guapo, que según indicios se sentía muy inclinado á la maestra, y que por caso raro se asemejaba mucho á ella (aunque muy mejorado, según la maestra decía) hasta el punto de parecer hermano suyo, habíale causado una herida en el corazón; herida de la cual no estaba completamente curada todavía.

Echando de ver que había tocado un punto demasiado delicado aún, el señor Goli varió muy pronto de conversación.

—Por último, querida niña—repetió en són de broma;—usted no irá á América, si no es ya que no tengo ojos en la cara. Deje usted pasar un año, y ya no dará usted lecciones.

—No—respondió tristemente la joven;—la escuela es mi destino. Sólo deseo no vivir tanto que ya no pueda dedicarme á enseñar. Pero de esto no tengo miedo; iré en derechura desde la escuela al camposanto.

Y levantándose de su asiento, algo exaltada, siguió diciendo:

—También acaricio un ideal en lo que respecta á mis últimos instantes.

Y lo expuso: hallarse en un pueblecito de la Italia meridional, ó de las riberas de Liguria, donde brillase un sol hermosísimo; ser acompañada por todas sus niñas, pero que todas fueran alegres, con ramos de flores y cantando una poesía del libro primero de lectura que ella les habría enseñado; ser enterrada con el paquete de las últimas composiciones de sus discípulas entre las manos y tener como epitafio en su lápida lo que antes de morir había dicho Valentina Friedland:—«Niñas mías, he sido llamada á otra escuela.»

Pero después de aquellas palabras penetró en su corazón una viva y franca alegría, que le duró en todo el camino, mientras el señor y la señora Goli la acompañaban hasta la estación del ferrocarril; porque la maestra partía para Turín entonces. Deteníase en las esquinas, y al resplandor de los faroles señalaba con su sombrilla los anuncios de la Sociedad de Navegación, en los cuales estaba dibujado un buque de vapor, é indicaba en la popa el sitio en que pasaría

ella las noches. Recitó el soneto del alcalde de Brilla, y su contestación. Remedó la pronunciación liguriense de sus discípulas cuando recitaban sus lecciones. Dijo después la astucia de que se valía en los pueblos para desmentir los rumores calumniosos; apenas sabía que se la acusaba de hacerse cortejar por alguno, poníase de pronto á decirlo ella también con ostentación, y había observado que en seguida cesaba la calumnia, para convertirse en acusación de vanidad ó de mentira después, cosas ambas que podía destruir cuando quisiera.

Desde la ventanilla del vagón, aún dijo á sus amigos, que estaban conmovidos, riéndose y con lágrimas en los ojos:

—Mírenme bien: ¿comprenden ustedes? Porque á mi regreso de América ya no me reconocerán. Estaré mucho más negra, hablaré castellano y tendré una criada india. ¡Oh! Ya verán ustedes cómo hago fortuna. Me casaré allí con un gran propietario; fundaré una escuela modelo para los «gauchos». «Buenas noches», señores, «buenas noches» (1)

(1) Estas últimas palabras están así, en castellano, en el original.

CAMINA

EL PRIMER CHOQUE

Emilio Ratti partió para Camina, animado con aquella nueva confianza en sí mismo que casi siempre nos acompaña cuando vamos á establecernos entre gentes que no conocen nuestras debilidades y nuestros errores, entre las cuales nos parece que podemos con facilidad—comenzando una vida casi nueva—no ya solamente aparentar, sino ser realmente lo que deseamos ser. Viajando en coche por un camino vecinal que la lluvia reciente había lavado y al que daba sombra una hilera de álamos, bajo un cielo fresco y rojizo de una tarde de Septiembre, repetíase Emilio sus propósitos, contándolos por los dedos; vivir solitario, más aún que en los años anteriores; ceder, hasta donde fuera humanamente posible, á las autoridades para evitar todo choque y toda contrariedad; en el tiempo que la escuela le dejaría libre, sin duda, proseguir con ardor sus estudios para alcanzar una plaza en Turín. En lo relativo á la escuela, aquellos dos meses de vida tranquila de familia que había pasado con su hermana en casa de los señores Goli, y la melancolía dulce y profunda que le inspiraba el recuerdo de su buena amiga, ya para él perdida, habíanle hecho variar de idea. Ratti habíase decidido á tornar con sus alumnos á la bondad indulgente y libre que había abandonado, y á buscar en el sentimiento religioso, que nunca se había extinguido en él por